

De Champlain a Trudeau y un poco más. Proyecciones de Canadá hacia América Latina y el Caribe: la CELAC y el caso Cuba

From Champlain to Trudeau and a Bit More. Canadian Projections Toward Latin America and the Caribbean: CELAC and the Case Cuba

Darcy Borrero Batista

Recibido el 11 de septiembre de 2015

Aprobado el 2 de octubre de 2015

RESUMEN

El presente artículo arroja luz sobre las relaciones históricas de Canadá con América Latina y el Caribe –especialmente Cuba– desde momentos en que los actuales países de la región ni siquiera se habían constituido como estados nacionales e independientes. Amparado en el método histórico y la revisión bibliográfico-documental, el análisis se propone desentrañar las esencias del proceso actual de integración latinoamericana y el restablecimiento de la democracia en el contexto regional, que se expresa en la existencia de gobiernos de corte progresista. Asimismo, es su objetivo ahondar en la conexión del Tercer Mundo americano con Canadá como alternativa al desarrollo, y vaticinar el posible alineamiento de esta potencia en el marco de la reciente Cumbre de las Américas, y con el trasfondo de las precedentes cumbres de la CELAC.

Palabras clave: relaciones históricas Canadá-Tercer Mundo Americano, Cumbre de las Américas, CELAC, caso Cuba

ABSTRACT

This article shows the historical relations between Canada and Latin America and the Caribbean –Cuba in particular– from the days in which contemporary countries in the region had not been constituted as national states. Supported on the historical method and the bibliographic revision, the aim of the analysis is to dig in the essence of the present Latin-American integration process and the reestablishment of democracy in the regional context, a fact that is revealed through the existence of progressivist governments of nowadays. At the same time, the objective is to go deep into the connection between the American Third World and Canada as an alternative to the regional development, as well as in foretelling the possible alignment of this big country in the frame of the recently held Summit of the Americas in connection with previous CELAC summits.

Key words: Historical Relations Canada-American Third World, Summit of the Americas, CELAC, Cuban Case

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre Canadá y el Tercer Mundo americano¹ constituyen un interesante y complejo capítulo de la historia contemporánea del continente *Las Américas*. El llamado Gran Caribe, y especialmente Cuba, irrumpen en la agenda para cualquier investigación sobre el tema, cuyo epicentro de seguro también atravesará la *Era Trudeau*² y la presentación de la famosa *Tercera Vía*³ de Canadá. Desde un común pasado colonial, –cada país con especificidades en función de su metrópoli– hasta una cercanía más que geográfica con los Estados Unidos, constituyen algunas de las constantes que los investigadores de la región, han esgrimido en sus estudios sobre Canadá-Caribe y Latinoamérica, unas veces parcializados y reduccionistas, pero otras con bastante éxito. No obstante, hay una dimensión del análisis que no se puede pasar por alto. La conexión de Canadá con el resto del continente

se da de diferentes maneras, motivo por el que determinados autores la dividen de acuerdo con las subregiones: Caribe (Gran Caribe, anglófono e hispano), América Latina (Centro y Suramérica).

Sería imperdonable que la etapa actual –aunque bebe de las proyecciones canadienses hacia la subregión caribeña que emergieron en los años 70 con la Tercera Vía– fuera desvinculada de

la evolución mostrada en la política exterior de Canadá en los últimos años ante tres dimensiones fundamentales: su tránsito de potencia media comprometida con un rol multilateral activo, hacia un mayor alineamiento con las propuestas estadounidenses; las transformaciones al sur del continente en la última década; y la dicotomía de la agenda institucional interamericana. (Sánchez, 2013)

Es decir, Canadá ha tenido la necesidad de posicionarse frente al nuevo desarrollo suramericano de manera más efectiva, en un contexto de energización del intercambio económico y político bajo la ola de acuerdos de integración sur-sur. Recuérdese que el entorno ha sido propicio para encauzar los proyectos de integración financiera, de infraestructura, de recuperación de la agenda social y de rearticulación de los mercados nacionales, más distantes de la liberalización. En este sentido, el Tratado de Libre Comercio para las Américas (ALCA-TLC) se ha ido desplazando por el reforzamiento de las iniciativas de financiamiento propio, aunque con el complemento extra hemisférico de China (Sánchez, 2013).

¿Cuál ha sido el resultado? Una dinámica política de agrupación sin precedentes a nivel intrarregional, con importantes cambios enmarcados en una estrategia a largo plazo, y bajo un sintomático distanciamiento⁴ respecto a la región

¹ Para los efectos del presente texto he dado en llamar Tercer Mundo americano a la totalidad de países y pequeños estados insulares que conforman América Latina y el Caribe, y cuyas economías los clasifican como subdesarrollados. El término Tercer Mundo americano, además, contiene una profunda identificación con el concepto martiano de Nuestra América.

² La mayoría de los investigadores de las relaciones entre Canadá y Latinoamérica y el Caribe sitúan el año 1968 como un gran punto de viraje en este campo. Con el gobierno liberal de Pierre Elliott Trudeau, es que Canadá comienza a desarrollar una actividad inusual, una política más activa en el hemisferio. Extendido durante poco menos de dos décadas –si se tiene en cuenta que Trudeau ascendió al poder en 1968 y fue primer ministro hasta 1979, pero continuó ocupando cargos gubernamentales hasta 1984– este periodo se considera una etapa de esplendor de las relaciones de Canadá con el resto del continente.

³ En la política internacional, la *Tercera Vía* intenta adaptarse a la globalización y a los nuevos retos políticos que surgieron tras el final de la guerra fría, desechando las viejas ideas y amenazas del orden bipolar y se preocupa por los nuevos problemas, como la delincuencia organizada, el terrorismo, el tráfico de drogas y el medio ambiente. La cooperación internacional y el reforzamiento de las organizaciones supranacionales, como la Unión Europea, son otros puntos claves de la Tercera Vía, pero sin renunciar a la soberanía nacional. La seguridad es también vital, pero utilizando la fuerza solo cuando sea imprescindible. (Canadá se adscribió a esa Tercera Vía en su política hacia América Latina y el Caribe).

⁴ El fin de la llamada *Guerra Fría* o bipolaridad provocó un proceso de transición en la política exterior de los Estados Unidos de Norteamérica, a partir de la desaparición de la identificada como su principal fuente de amenaza de seguridad nacional y, por consiguiente, la idea de la contención del comunismo. Luego los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 (11-S) y, tiempo después, el estallido

por parte de los Estados Unidos que –aun cuando mantuvo su ayuda tanto económica como militar durante prácticamente toda la década de 2000– desplazó notablemente sus intereses hacia el Oriente Medio, dadas las circunstancias de “guerra contra el terrorismo” y las presiones de la crisis que estalló con la burbuja inmobiliaria y la quiebra de Lehman Brothers en 2008.

Con ese trasfondo, “la política internacional de Canadá se ha movido más hacia la línea de las proyecciones estadounidenses” (Sánchez, 2013), dígase la citada guerra contra el terrorismo, la presencia militar en las naciones árabes, y el rechazo de la gestión del cambio climático en los organismos internacionales.

Respecto a la agenda institucional interamericana, que expresa una dicotomía de posicionamientos, ya Canadá tomó partido por la visión estadounidense de *continuismo institucional*⁵, a partir de las cumbres de las Américas, y de liberalización comercial sobre la base de acuerdos bilaterales diferenciados. Entre los Estados Unidos, por un lado, que promueve ese continuismo de los referentes tradicionales (OEA⁶, y Banco Interamericano) y las nuevas convergencias de la multiplicidad de acuerdos que en algunos casos no responden a las normativas políticas precedentes (ALBA⁷, MERCOSUR⁸, UNASUR⁹, y en especial la CELAC¹⁰) de otra parte, Canadá parece abiertamente inclinado por la primera posición. Esta premisa se demuestra con el caso CELAC, cuya cumbre más reciente, sin la presencia de

Canadá, finalizó en La Habana con asombroso éxito.

De cualquier manera, la imagen de Canadá en el continente siempre se ha percibido más humanitaria, si se compara con la de Estados Unidos, en tanto la conexión del primero con Latinoamérica y El Caribe se asocia a un *imaginario cultural y político* bastante común –salvando las distancias– y a características económicas e históricas como sus respectivas diferencias con los Estados Unidos, expresadas en posiciones frente a ciertos temas de las relaciones internacionales como el caso Cuba (la relación con la Cuba revolucionaria y las sanciones impuestas a la isla); el intervencionismo; la soberanía nacional; la tendencia hegemónica en la política exterior que ha llevado a algunos estudiosos a calificar a Canadá de *buen policía* y a Estados Unidos de *malo*¹¹.

Para ejemplificar, pensemos en la cercanía entre Canadá y Latinoamérica y el Caribe en cuanto a la formación de la identidad nacional, que para estos estados tuvo el signo tardío de la descolonización y la independencia. También, en los antecedentes de la estructura de sus economías comparten un pasado similar: no ha transcurrido mucho tiempo desde que “Canadá dependía de las exportaciones de productos básicos, al tiempo que ha sido una constante la concentración de los contactos comerciales con destino y desde los Estados Unidos” (López & Rodríguez, 2013).

En ese sentido, el presente artículo, partiendo de la revisión bibliográfico-documental como método investigativo, y auxiliándose del histórico, asume la hipótesis de que las relaciones históricas de Canadá con América Latina y el Caribe –especialmente Cuba–, pese a sus intermitencias e inestabilidades, se han establecido a raíz del comercio y la economía, de manera natural y espontánea en

de la crisis económica global y sus impactos domésticos, sumado a los compromisos de la guerra contra el terrorismo, demandaron una avanzada de la potencia del norte hacia la región del petróleo, es decir el Oriente Medio

⁵ Frente a los nuevos posicionamientos regionales que han derivado en la creación de organismos alternativos, Canadá se ha pronunciado por la permanencia de las viejas estructuras que se canalizan bajo el sistema interamericano

⁶ Organización de los Estados Americanos

⁷ Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América

⁸ Mercado Común del Sur

⁹ Unión de Naciones Suramericanas

¹⁰ Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños

¹¹ Desde la proyección del gobierno de Pierre Trudeau, y posteriormente, con la entrada de Canadá al contexto hemisférico, América Latina y el Caribe se han convertido en prioridad de la política exterior canadiense, cuya imagen continental desinteresada, difiere de la de un Estados Unidos hegemónico y velador de sus intereses particulares (económicos, políticos y de seguridad).

sus comienzos, pero han evolucionado hacia un estado de madurez que las transforma en corpus político (referencial) necesario para la comprensión de las relaciones internacionales y la geopolítica contemporánea. Asimismo, el proceso actual de integración latinoamericana, y el restablecimiento de la democracia en el contexto regional, que se expresa en la existencia de gobiernos de corte progresista, sitúa la conexión del Tercer Mundo americano con Canadá en un punto climático, como alternativa al desarrollo. De ahí que la política exterior canadiense, revitalizada desde la proyección del gobierno de Pierre Trudeau, y posteriormente la entrada de Canadá al contexto hemisférico, al igual que el status prioritario otorgado a América Latina y el Caribe, permita vaticinar el alineamiento de esta potencia en el marco de la reciente Cumbre de las Américas, y con el trasfondo de las precedentes cumbres de la CELAC.

Comenzando por el **Balance histórico de las conexiones Canadá–tercer mundo americano** siguiendo con **La dorada era de Trudeau** y llegando hasta **¿El principio del fin?: de Murloney a Stephen Harper**, este escrito pretende aterrizar en el estado actual de las relaciones diplomáticas del gigante del norte de América con el resto de los países y pequeños estados insulares que se han agrupado alrededor de la CELAC. El último apartado, titulado **La CELAC y Canadá**, referirá sobre la base del análisis histórico, una caracterización de las conexiones y pronunciamientos contemporáneos y del porvenir. De esa manera se da respuestas a la interrogante delimitada como problema de investigación: *¿Cómo han sido las relaciones históricas entre Canadá y la región de América Latina y el Caribe, desde sus primeros contactos comerciales-coloniales, bajo la égida de potencias extra continentales?*

A MODO DE MAPA TEÓRICO

A partir de la creación de la CEPAL¹² en Santiago de Chile, comenzaron a surgir en América

Latina distintas teorías que tenían como objetivo lograr la industrialización de la región. En el mismo núcleo de la CEPAL a cargo de Raúl Prebisch se gestó la *Teoría del Desarrollo*, que tendría una amplia difusión en la Primera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) realizada en Ginebra en 1964. Luego surgieron la *Teoría de la Dependencia*, la *Teoría de la Autonomía* y la *Teoría de la Viabilidad*.

La Teoría de la Dependencia tuvo como principales exponentes a autores latinoamericanos que analizaban la situación de subdesarrollo y dependencia de los países de América Latina, tratando de encontrar las debilidades de los mismos y, con ello, la posibilidad de comenzar a ser miembros partícipes del sistema internacional.

Las concepciones latinoamericanas de las relaciones internacionales, sin embargo, difieren de las teorías previamente emergidas en el hemisferio norte, las cuales analizaban la realidad en una coyuntura internacional determinada. Una primera aproximación a la teorización de las relaciones internacionales se da con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, con el surgimiento del Idealismo. A mediados de la década de los años 40 del siglo XX y prolongándose hasta la de los 60, el Realismo fue la teoría dominante en la disciplina. En ambas teorías, las concepciones sobre la política, la guerra, la paz, la manera de establecer las relaciones con los otros estados, difieren en gran medida, respecto a las nociones nacidas en América Latina, porque las primeras analizan el sistema internacional desde la posición dominante de los principales estados, habida cuenta del amplio margen de influencia que ellos tienen. Esto se debe, principalmente a que sus voces principales son de origen norteamericano o inglés.

En el caso de la Teoría de la Dependencia, intrínseca a la disciplina de las relaciones internacionales, su aporte radica en que sirvió para explicar la situación de los países latinoamericanos dentro de un contexto internacional determinado, así como la situación interna de

¹² Comisión Económica para América Latina y el Caribe

estos países. Sirva de ejemplo el Caribe. Una imagen mítica del Caribe, reproducida por la cámara del turismo ha viajado siempre por el mundo: **“Un espacio de sol y playa, hoteles cinco estrellas, de movimientos portuarios, de contenedores y paraísos fiscales.** Sin embargo, académicos e investigadores de la región demuestran con sus análisis que ese estereotipo tiene efectos devastadores sobre la realidad histórica, económica y cultural de los pueblos que habitan estas regiones” (Elías-Caro & Román, 2015).

Por otra parte, se presenta al Caribe como un área adyacente a América Latina, asunto que en el ámbito académico resulta harto conocido, entre otras cosas, por la ambigüedad que ello supone para algunos países: ¿latinoamericanos? ¿caribeños? Y por si fuera poco, existe un notable desconocimiento de la región al interior de sí misma: desconocimiento de las diferencias entre los estados que la conforman. No obstante, paulatinamente se ha construido una tradición de estudios sobre América Latina y el Caribe cuyo enfoque –cultural, económico, político, social o complejo– incluye categorías como poder, hegemonía, integración, género, otredad, desarrollo. Este artículo, desde su concepción holística, dialoga con las mencionadas categorías analíticas, pero se concentra en la de relaciones históricas, que se define como *la totalidad de los contactos (comerciales, económicos, políticos, culturales y diplomáticos, legislativos, artísticos, religiosos, de cooperación internacional) entre Canadá y Latinoamérica y el Caribe*, al igual que como *avances en la integración regional que ha de conducir al desarrollo*; y que, además, está legitimada en el campo de la diplomacia y de la propia Historia, en tanto ramas de las Ciencias Sociales. Este análisis, por consiguiente, se erige sobre sus hombros y bebe de la teoría de la Historia, referente obligatorio en su cualidad proveedora de explicaciones, métodos y teorías sobre cómo, por qué y en qué medida se dan ciertos tipos de hechos históricos y tendencias sociopolíticas en determinados lugares y no en otros.

BALANCE HISTÓRICO DE LAS CONEXIONES CANADÁ–TERCER MUNDO AMERICANO

Quien viaje en máquina del tiempo a la historia del continente americano, puede constatar que los vínculos entre los actuales estados de Latinoamérica y el Caribe con Canadá, cuentan con una historia establecida por los poderes coloniales europeos desde 1492, principalmente por haber compartido esta área, el *Nuevo Mundo*, las potencias de España, Francia e Inglaterra (Holanda y Portugal en menor medida). De ahí que los nexos –en su mayoría comerciales– se dieran bajo el *corsé* de las metrópolis, y sus desavenencias. Tanto fue así que la Guerra de los Siete Años (1759-1763) demostró una vez más que los conflictos con origen en la rivalidad económica y política entre Francia e Inglaterra, se habían trasladado al continente americano.

Las *islas del azúcar* fueron las herederas del conflicto, y su reflejo. Los británicos, vencedores indiscutibles, se quedaron con varias islas del Caribe, a la vez que expulsaron a Francia del norte. En el caso de España, que era aliada de Francia contra Inglaterra, se produjo también el llamado *traslado de escenarios*, cuando en agosto de 1762 La Habana fue “tomada por los ingleses”, más allá de la brillante resistencia del machete de Pepe Antonio en Guanabacoa.

Eran aquellos, entonces, los tiempos de dominación de España e Inglaterra en el contexto geopolítico. Sin embargo, “la segunda mitad del siglo XVIII representó un momento culminante en la evolución de la Norteamérica continental y del Caribe, en el contexto del orden internacional imperante” (Elías-Caro & Román, 2015). Tras las revoluciones norteamericanas y haitiana (Independencia de las trece colonias, y revolución de Haití, respectivamente), la expansión fronteriza de Estados Unidos, la conformación de los estados nacionales del Caribe hispano y las independencias de las posesiones anglófonas de Inglaterra, se fue tabicando el estado actual de las relaciones, con el lugar hegemónico de Estados Unidos en la geopolítica del hemisferio, no

obstante la paulatina pérdida de influencias de ese país sobre la región, que está teniendo lugar desde hace ya varios años. Uno podría preguntarse: *¿En qué posición se sitúa Canadá en el marco de este recorrido histórico?* Pues bien, en términos generales, las relaciones canadienses con América Latina y el Caribe, con la excepción del Caribe anglófono –“hermano pequeño de Canadá”– han estado constreñidas por una serie de condicionantes como la conexión de Canadá con las dos potencias que han exhibido el trofeo de la hegemonía mundial (Inglaterra y Estados Unidos). El largo, gradual y singular proceso de independencia de Canadá respecto a su metrópoli Inglaterra –potencia hegemónica internacional a lo largo del siglo XIX e inicios del XX– coartó su soberanía en lo referido a política exterior. Provenientes de la cercanía geográfica, económica y cultural a los Estados Unidos –hegemónico desde el fin de la Segunda Guerra Mundial–, se le presentan límites a su accionar como Estado (Rodríguez, 2004).

Por otra parte, algunos estudiosos de la región afirman que también existen mediaciones de carácter subjetivo en la proyección de Canadá hacia el resto del continente, entre las que apunta una identificación de ese país con Europa occidental, evidenciada en su preferencia hacia el multilateralismo global, basado en actividades conjuntas de los países sobre determinadas cuestiones. Todas esas condicionantes entradas en interacción definen el carácter esporádico, fragmentario, tardío, e incluso contradictorio de la conexión de Canadá con América Latina y el Caribe. Una de ellas está representada en el hecho de que hasta la firma del Estatuto de Westminster (1931) Canadá careció del derecho a conducir por sí mismo sus relaciones diplomáticas, a lo cual se suma que fue unos años más tarde cuando apenas comenzó a establecer embajadas en la región. Por otra parte, en 1958 por primera vez un secretario de estado canadiense –bajo el gobierno de Diefenbaker (1957-1963)– visitó algunas capitales latinoamericanas, hecho que, aunque tardío, en verdad también fue notable (Rodríguez, 2004). En el caso específico de Cuba, el establecimiento del Consulado de Nueva Escocia,

la inclusión de la Enmienda Platt y la expedición y aplicación de otras medidas y decretos sobre el establecimiento de bancos extranjeros en la *pseudo* república, constituyeron elementos que sirvieron para sentar las bases del viraje de la relación La Habana-Ottawa, consolidado con la existencia del Royal Bank of Canada y el Bank of Nova Scotia.

Pero retórnese a 1957. Un poco antes de que Kennedy asumiera el poder en su país, y antes del triunfo de la Revolución Cubana, las relaciones de Canadá con la isla se habían enfriado a causa de las decisiones del presidente –pro estadounidense a ultranza– Fulgencio Batista, quien comenzó a proyectar una política exterior que limitaba la participación y el comercio canadienses, golpeando así las relaciones bilaterales. Ottawa, incluso, llegó a tornarse irrelevante, casi invisible para Batista. Ni siquiera la influencia de una oleada de sacerdotes quebequeses que se habían asentado en La Habana y el impacto que ese hecho tuvo en la vida religiosa y cultural del país, animó al cambio de política de la administración cubana de entonces, cuyo móvil era complacer a su metrópoli, Estados Unidos, en ese momento bajo el mandato del republicano Dwight Eisenhower (1953-1961). Más tarde, durante la administración del propio Diefenbaker, representante del partido conservador progresista, hubo fuertes tensiones entre Canadá y Estados Unidos, también por una presunta antipatía entre Diefenbaker y el demócrata Kennedy que coincidieron en el gobierno de sus respectivos países entre 1961-1963 (Rodríguez, 2004). Uno de los puntos más críticos de la tensión fue la declaración del bloqueo estadounidense a Cuba, su expulsión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962, y la consecuente respuesta de Canadá.

El contexto de aquellos años presentaba ciertas complejidades para las relaciones entre Cuba y Canadá y entre Canadá y los Estados Unidos –y obviamente entre Cuba y los Estados Unidos– sobre todo en un momento marcado por la exclusión de Cuba por parte de casi toda América Latina el Caribe y por la ruptura de las relaciones con la isla, todo ello fomentado por la presión

estadounidense en el área. En primer lugar, tras el triunfo de la Revolución, acompañado de la pérdida de la hegemonía norteamericana sobre la economía cubana, se abrió un escenario en el que se establecieron medidas que incluyeron la nacionalización y estatización de la mayoría de las actividades económicas, hecho que se acompañó de un trato respetuoso a las empresas canadienses con intereses en el país, al punto en que se expresó la voluntad de mantener e incrementar las relaciones comerciales y bilaterales. Tanto fue así que en 1960 el gobierno diseñó una misión comercial de alto nivel que visitara Canadá (Rodríguez, 2004).

No obstante, nada de eso ocurrió sin mellar el contacto entre Canadá y Estados Unidos que estaban (y están) asociados en el mismo bloque geo estratégico, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el marco de la Guerra Fría. Particularmente, al producirse la Crisis de Octubre o de los Misiles, hubo una agria contradicción entre ambas naciones cuando el primer ministro canadiense, en lugar de seguir la corriente a la primera economía mundial, se sumó a la política asumida por algunos países europeos –nótese aquí la identificación con Europa occidental que se mencionaba antes. Ello lo ponía en una posición compleja respecto a su principal aliado y socio económico. Como abogado al fin, Diefenbaker se defendió a través de *ocho puntos*¹³, de los cuales al menos cuatro

reflejaron claramente la tensión de su política exterior, por aquel momento entre la espada y la pared, ya que también los conservadores se exponían a las críticas internas si no asumían una política exterior verdaderamente independiente: la opinión pública era implacable con las presiones al gobierno. Con el escenario cultivado por Diefenbaker, abriría luego la época más brillante de las relaciones bilaterales, y de Canadá con el resto del continente, al sur de los Estados Unidos.

LA DORADA ERA DE TRUDEAU

La mayoría de los investigadores de las relaciones de Canadá con Latinoamérica y el Caribe sitúan como un gran punto de viraje en las relaciones el año 1968.

Con el gobierno liberal de Pierre Elliot Trudeau, es que Canadá comienza a desarrollar una actividad inusual, una política más activa en el hemisferio. Trudeau estaba animado por la llamada Tercera Opción o Tercera Vía, que fomentaba la promoción del comercio y la reducción de la dependencia económica y política a los Estados Unidos, y con un enfoque Norte-Sur, que consideraba que en el contexto de la Guerra Fría no todos los conflictos obedecían a la lógica Este-Oeste. (Martínez, 2013)

Quien fuera tal vez el primer ministro canadiense que más viajó al interior del continente, estuvo en Cuba por primera ocasión antes de convertirse en jefe de estado y, según las crónicas de aquella época, lo hizo para demostrarse a sí mismo que era capaz de cortar caña. Una vez que ganó las elecciones, emprendió una agenda de análisis de los problemas mundiales sin precedentes en su país, pues revolucionó las políticas y las estructuras que otros mandatarios habían ignorado y hasta evitado: se relacionó con países de diferente orientación ideológica como la Unión Soviética y China. En enero de 1976 fue reconocido como el primer representante de un país de

¹³ Algunos de los puntos presentados por Canadá (Rodríguez, 2004):

- 4. La Doctrina Monroe, de Estados Unidos, no está amparada en el Derecho Internacional, y no es aplicable a Canadá. (Expresa radicalismo, pero ve a Cuba como un objeto de potencias.)
- 5. En caso de que una acción discriminatoria contra Cuba sea justificada, no se debe esperar que Canadá adopte una acción más drástica que la de los miembros de la OEA. (Para los elementos contra Cuba se auxilia del colectivo, y es ambiguo el adjetivo justificable.)
- 6. El aislamiento diplomático de Cuba por parte de las potencias occidentales, solo la empujaría hacia la órbita soviética. Al mantener relaciones con Cuba, Canadá puede tener pocas opciones de influenciar el curso de los acontecimientos en Cuba. De cortar nuestros vínculos diplomáticos, no tendríamos posibilidad alguna.

la OTAN que viajara a Cuba. Para esa fecha sí lo hacía, obviamente, en calidad de primer ministro:

Bajo un sol abrasador, una multitud de 25 mil personas de la ciudad de Cienfuegos, esperaba pacientemente. El premier Fidel Castro guio a Trudeau a una extensa tarima, erigida en una plantación de azúcar. En poco tiempo se evidenció la empatía de ambos líderes (...) Fidel recordó que “Canadá se mantuvo al lado de la Cuba revolucionaria durante los años del embargo comercial impuesto por la OEA, suministrando importaciones muy necesarias, desde pollo, a ganado, camiones y locomotoras”. (Martínez, 2013)

A riesgo de ser malinterpretado en Cuba Trudeau finalizó su discurso con el tipo de oratoria emocional que favorece a los cubanos: “¡Vivan Cuba y el pueblo cubano! Viva el primer ministro comandante Fidel Castro. Viva la amistad cubano-canadiense”. Todo ello tras haber declarado que “nos hemos dado cuenta que no podemos estar de acuerdo en todos los temas”, pero “hemos descubierto algo más importante, que podemos discrepar honorable y respetuosamente” (Martínez, 2013). Este viaje a Cuba –de tres días– formó parte de un tour por América Latina con el fin de promover *la Tercera Opción* de Ottawa, dirigida a ampliar las relaciones comerciales como contrapartida a la influencia de los Estados Unidos, y a explicar las ventajas del comercio con Canadá. La estancia en la isla suele ser calificada como *la parte más interesante del recorrido*, que incluyó a México y Venezuela.

Más allá de la decadencia del interés por América Latina durante la década de los años 70 del siglo XX, el enfriamiento con Cuba –que mencionan los analistas– se produjo quizás por la entrada de esta en la guerra angoleña; aun así, la relación continuó siendo fructífera en los siguientes años, principalmente si se tiene presente el rechazo de Canadá a la política de Reagan en Centroamérica: la opinión pública de la sociedad civil tuvo mucho peso en ello, y Canadá brindó

asilo a los refugiados de los cinco países de la subregión, con un manifiesto papel mediador.

¿EL PRINCIPIO DEL FIN?: DE MURLONEY A STEPHEN HARPER

El primer reto que Canadá ha tenido que enfrentar en el camino hacia la cumbre de Quebec fue el de aceptar que nuestro destino, nuestro futuro de prosperidad y estabilidad, está íntimamente vinculado a la región. Esto no ha sido algo obvio para los canadienses. Hemos dirigido nuestra mirada hacia otras regiones. Hemos prestado atención a otras regiones y hecho mayores esfuerzos para desarrollar nuestras relaciones con otros socios.

David Kilgour (2001)

La década de los años 90 del siglo XX, de acuerdo con algunas visiones contemporáneas, supuso el principio del fin de la intermitencia, distancia y ambivalencia de las relaciones latinoamericano-canadienses: a lo largo de la historia del sistema interamericano, Canadá fue un actor más pasivo que activo (Rochlin, 1993). Es lícito cuestionarse entonces el porqué de tal afirmación. Si se había vivido una época dorada bajo el gobierno de Trudeau, cabría preguntarse ¿por qué los historiadores señalan esa fisura? Y es que realmente la administración de Trudeau tuvo un fuerte impacto en las relaciones bilaterales de cada uno de estos países –especialmente de los caribeños anglófonos, que veían en Canadá un paradigma y referente para sus destinos– pero no ocurrió así a la altura del panamericanismo.

¿Por qué?, uno inquiere nuevamente. Al parecer es bastante simple: Estados Unidos se ha opuesto de forma reiterada a la integración de Canadá a la institucionalidad hemisférica, incluso después de haberse firmado el Estatuto de Westminster para la libertad de política externa (Sánchez, 2013) a pesar de que los demás países del continente sí apoyaban la entrada de Canadá. De hecho, Chile, Brasil, México, Argentina y República Dominicana solicitaron formalmente que se integrara a la Unión Panamericana, pensando

en que Canadá actuase como contrapeso a la hegemonía estadounidense. No obstante, algunos estudiosos hablan de la reticencia de Canadá a incorporarse a un sistema debilitado por el unilateralismo cuya expresión era la participación de Estados Unidos en casos como el conflicto de las Malvinas, la invasión a Granada y la crisis en Centroamérica –recuérdese que con esta última Canadá tomó sus propias medidas y dio refugio a personas de los países de esa región.

Así, bajo el gobierno conservador de Murloney –quien se diferenció claramente de sus predecesores liberales– el gigante de la parte más norte del continente hizo su entrada plena en el sistema interamericano en 1990, una vez finalizada la Guerra Fría, con lo cual se abrió paso al regreso de la unipolaridad mundial, cosa que ocurría justo cuando el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y la OEA daban señales de obsolescencia. También constituía una muestra de la consonancia canadiense con las tendencias de globalización, regionalización, unipolarismo estratégico-militar, emergencia de problemas globales, y policentrismo económico, en boga. Parecía la asunción definitiva de su pertenencia al continente (Sánchez, 2013). Sin embargo, las cosas no siempre son de color rosa. A 24 años de su incorporación a la institucionalidad interamericana tradicional, continuista, ahora el gobierno conservador de Stephen Harper enfrenta grandes retos en sus relaciones con América Latina y el Caribe a raíz del ascenso al gobierno en varios países latinoamericanos de voces contestatarias a las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos y de la pérdida gradual de la hegemonía de este, que ha intentado recuperarla con la vuelta al pasado mediante golpes militares encubiertos (Venezuela, 2002; Honduras, 2009; e intento en Ecuador, 2010).

Por otra parte, han emergido y se han reforzado movimientos sociales que enfrentan las políticas neoliberales, derivando en la subsunción del ALCA, y hasta sirviendo de base a la creación de organizaciones en paralelo al sistema interamericano: ALBA, seguida por UNASUR, y lo que no

tiene parangón en la historia del hemisferio: un órgano de concertación política cien por ciento latinoamericano y caribeño, sin la presencia de Estados Unidos o Canadá, pero sí con la de Cuba. ¿Su nombre? Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños.

LA CELAC Y CANADÁ...

A continuación, las palabras del propio presidente cubano, Raúl Castro Ruz (2010) cuando anunció el nacimiento de la organización, fruto de la inoperancia de la OEA:

La decisión que acabamos de adoptar de crear la comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños es de trascendencia histórica. Cuba considera que están dadas las condiciones para avanzar con rapidez hacia la constitución de una organización regional puramente latinoamericana y caribeña.

Un poco antes Canadá había lanzado el informe de gobierno *Canadá y Las Américas: Prioridades y Progreso* (2009), que aunque caduco, define de manera diáfana su política exterior para la región. En primera instancia, se sitúa el principio de la *gobernabilidad democrática*, que se refiere al fortalecimiento de las instituciones, las prácticas y los principios democráticos. A este lo sigue el de la *prosperidad*, fundamentalmente asociado al papel de la cooperación económica, como instrumento de promoción de la estabilidad, mediante el apoyo a los procesos que promueven el crecimiento y el dinamismo económicos, una inversión sostenible ambientalmente y el fomento de mercados más abiertos, que generen más oportunidades y empleos –esta constituye la parte más activa del programa, ya que incluye acciones y proyectos para la reducción de la pobreza y la desigualdad mediante la OEA, y la Organización Panamericana de la Salud (OPS). Por último y no menos relevante, el principio de la *seguridad*, trata del apoyo a los procesos de estabilidad y seguridad regionales, mediante la disminución

de la incidencia de las amenazas informales, tales como la lucha contra el narcotráfico, y su influencia en la gobernabilidad y transparencia de los procesos institucionales, el enfrentamiento al crimen organizado, la prevención y las medidas de recuperación para atenuar el impacto de los desastres naturales, cuya incidencia se ha incrementado como consecuencia de los efectos del cambio climático y las pandemias. En este apartado se incluye la asistencia humanitaria, en respuesta a eventos meteorológicos, y también de prevención, a largo y mediano plazos, cuyo mayor beneficiario ha sido Haití por las lamentables circunstancias que ha vivido (el terremoto de enero de 2010, por ejemplo).

Como se observa, este documento, anterior a la CELAC, confirma que las proyecciones canadienses hacia América Latina y el Caribe se inscriben en el Programa Regional Interamericano¹⁴ y que las fórmulas se dirigen más hacia el asistencialismo en una suerte de *caridad cristiana*, que hacia la formación de capacidades autónomas o de proyectos conjuntos. En este sentido, no basta querer ayudar; se trata de transformar. Tampoco es suficiente que el mayor destino turístico de los canadienses sea Cuba, ni que se haya registrado recientemente un *stock acumulado* de US\$ 150 millones en inversión canadiense en América Latina y el Caribe (Romero, 2013). Las cifras hablan por sí solas: Canadá tiene intereses identificados en la región con Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Venezuela, en áreas como la minería, el sector energético, telecomunicaciones, transporte, manufacturas y productos agroalimentarios, pero ello representa un poco menos del 12 por ciento de los que existen con Estados Unidos. Además, actualmente los 15 países de la CARICOM representan un mercado seguro para las mercancías, servicios e inversiones canadienses. Las relaciones económicas con el Caribe anglófono tienden a

profundizarse a través de tratados comerciales y negociaciones. Incluso, de acuerdo con datos oficiales de la organización, cada año las inversiones de este conglomerado en Canadá sobrepasan los 800 millones de dólares.

Aun así, aunque la CELAC incluye a la CARICOM, la trasciende por completo. Los acontecimientos más recientes de la América Latina y el Caribe, dígame la última Cumbre de la CELAC en febrero de 2015 con sede en Costa Rica y su contraste con la anterior, celebrada en Cuba; el restablecimiento de relaciones entre Washington y La Habana; el conflicto estadounidense con Venezuela; y cualquier otro tema de la agenda institucional de la OEA, y la última Cumbre de las Américas, pues requieren de alineamiento y decisiones impostergables por parte de Canadá: el hemisferio, al que de manera tan tardía decidió integrarse, se encuentra, junto con el sistema internacional, en transición (López, 2013).

Ojalá que Canadá no esté asistiendo a la pérdida de su título de *voz de la razón*, mucho más en los tiempos de los desparpajos de Justin Bieber, y de la alcaldía “populista” de Rob Ford, cuyos videos comprometedores sobre abuso de drogas han inundado la web, y avergonzado a los *Torontonians* ante el mundo.

CONCLUSIONES

Corren tiempos signados por un imprevisto retorno de Estados Unidos al continente, en cuyo contexto la vista se ha vuelto a posar en la polémica Cuba. El 17-D¹⁵ ha marcado el nacimiento de una nueva era, de *restablecimiento* de las relaciones bilaterales entre la isla y el gigante americano. Desde el regreso de los cinco cubanos antiterroristas presos en cárceles estadounidenses, así como la excarcelación y extradición de Alan Gross a tierra norteamericana, hasta la *reapertura* de las embajadas respectivas en cada país, el capítulo de

¹⁴ El Programa Regional Interamericano del MAECD (Affaires étrangères, Commerce et Développement Canada) (Ministerio de Asuntos Extranjeros, Comercio y Desarrollo de Canadá) está orientado al apoyo de actividades regionales en la mayoría de los 33 países de América Latina y El Caribe.

¹⁵ 17-D hace referencia a la fecha 17 de diciembre de 2014 cuando Estados Unidos y Cuba acordaron restablecer relaciones diplomáticas.

diferendo Estados Unidos-Cuba, parece diluirse. No obstante el mantenimiento del bloqueo –tema que centra actualmente la agenda bilateral– Cuba se ha *reinsertado* en el sistema interamericano con una primera participación en la VII Cumbre de las Américas que tuvo lugar en Panamá, en el presente año, pese a las sanciones contra la sociedad civil cubana en el marco de la cumbre. Asimismo, por vez primera la isla coincide con Canadá en un organismo regional. Esta época (de las *re*), sin duda alguna, *revitaliza* los vínculos intracontinentales, pues con la vuelta a Cuba se produce, inevitablemente, una vuelta a la región de América Latina y el Caribe.

Así, desde un vínculo apenas esporádico y natural expresado en el intercambio comercial que se iniciara en los primeros siglos de la colonización del llamado Nuevo Mundo, las relaciones al interior del continente han evolucionado hasta abarcar los campos político y diplomático así como un superfluo interés económico (más allá de las pretensiones colonialistas de Estados Unidos, manifestadas en la Doctrina Monroe y la Teoría de la Fruta Madura) que tuvieran las dos grandes potencias norteamericanas hacia el resto de la región (al sur del Río Bravo) denominada Nuestra América. La madurez política en el contexto actual se materializa en una constante búsqueda de la integración regional como alternativa al desarrollo. La creación de organismos como la CELAC constituye una muestra implacable del paulatino redescubrimiento de la región respecto a sí misma, ya que claramente ha ejercido fuerte presión ante el aislamiento de Cuba; y Estados Unidos y Canadá, que no son miembros de la Comunidad, se han visto prácticamente forzados a reposicionarse para no continuar cediendo terreno.

¿Cuál ha sido la posición canadiense?: secundar a Estados Unidos. En el marco de la Cumbre de las Américas, el primer ministro, Stephen Harper tuvo un encuentro con el presidente cubano. Desde entonces, Harper pide más compromiso para con La Habana, cambiando así su discurso inicial ante un “régimen comunista”, y alineándose a

la idea de que “un compromiso es más factible que nos lleve a donde queremos llegar, en lugar de un aislamiento continuo”. Dijo, además, estar convencido de que un acercamiento diferente (a Cuba) es apropiado en este momento, en esta etapa que vive la isla. Como dijera el célebre Julio César, la suerte está echada... ahora habría que ver si los reajustes en el continente derivan en la inserción de los dos gigantes nortños en la CELAC, o en el continuismo institucional de la OEA. En cualquier caso, la integración regional ha tomado un giro de 360 grados, y vive una etapa de esplendor, sin precedentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Canadá, (2009). Canadá y las Américas. Prioridades y Progreso. Informe de gobierno.
- Castro, R, (2010). *Palabras de lanzamiento de la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños* (CELAC).
- Cortés ROSARIO, MARÍA JULIETA (1998) *La Teoría de la Dependencia como una Teoría Latinoamericana de las Relaciones Internacionales. Argentina*
- Elías-Caro, J. E. & Román, R. (2015). El Caribe más allá del litoral, el mundo rural. En *Conferencia Internacional de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe (ACOLEC)*. Conferencia llevada a cabo en Montería: Universidad Nacional de Colombia, Sede Caribe y Banco de la República.
- Kilgour, D. (2001). Presentación. En *Integración Hemisférica más allá del Libre Comercio*, Conferencia Internacional llevada a cabo en Universidad Laval, Quebec.
- López, R. & Rodríguez, R. (2013). Las relaciones histórico-políticas entre Canadá y el Gran Caribe. En M. Martínez, (Comp.), *Conexión Canadá-Caribe: política, economía y migraciones recientes*. La Habana: Centro de Estudios Demográficos (CEDEM). Cátedra de Estudios del Caribe.
- Martínez, M. 2013. Pierre Trudeau, un amigo entrañable. En M. Martínez, (Comp.), *Conexión Canadá-Caribe: política, economía y migraciones*

- recientes*. Cátedra de Estudios del Caribe. La Habana: Centro de Estudios Demográficos (CEDEM). Cátedra de Estudios del Caribe.
- Rochlin, J. (1993). *Discovering the Americas: The Evolution of Canadian Foreign Policy Towards Latin America (Canada & International Relations)*. Vancouver: University of British Columbia Pr.
- Rodríguez, Raúl (2004). Las relaciones Cuba-Canadá. Breve reseña histórica. *Revista Mexicana de estudios canadienses (nueva época)*. Junio (007), pp. 63-80.
- Romero, A. (2013). Relaciones económicas y de cooperación entre Canadá y los países del Caribe. Enfoques, relevancia y dinámica reciente En M. Martínez, (Comp.), *Conexión Canadá-Caribe: política, economía y migraciones recientes*. La Habana: Centro de Estudios Demográficos (CEDEM). Cátedra de Estudios del Caribe.
- Sánchez, J. M. (2013). Prólogo. En M. Martínez, (Comp.), *Conexión Canadá-Caribe: política, economía y migraciones recientes*. La Habana: Centro de Estudios Demográficos (CEDEM). Cátedra de Estudios del Caribe.

